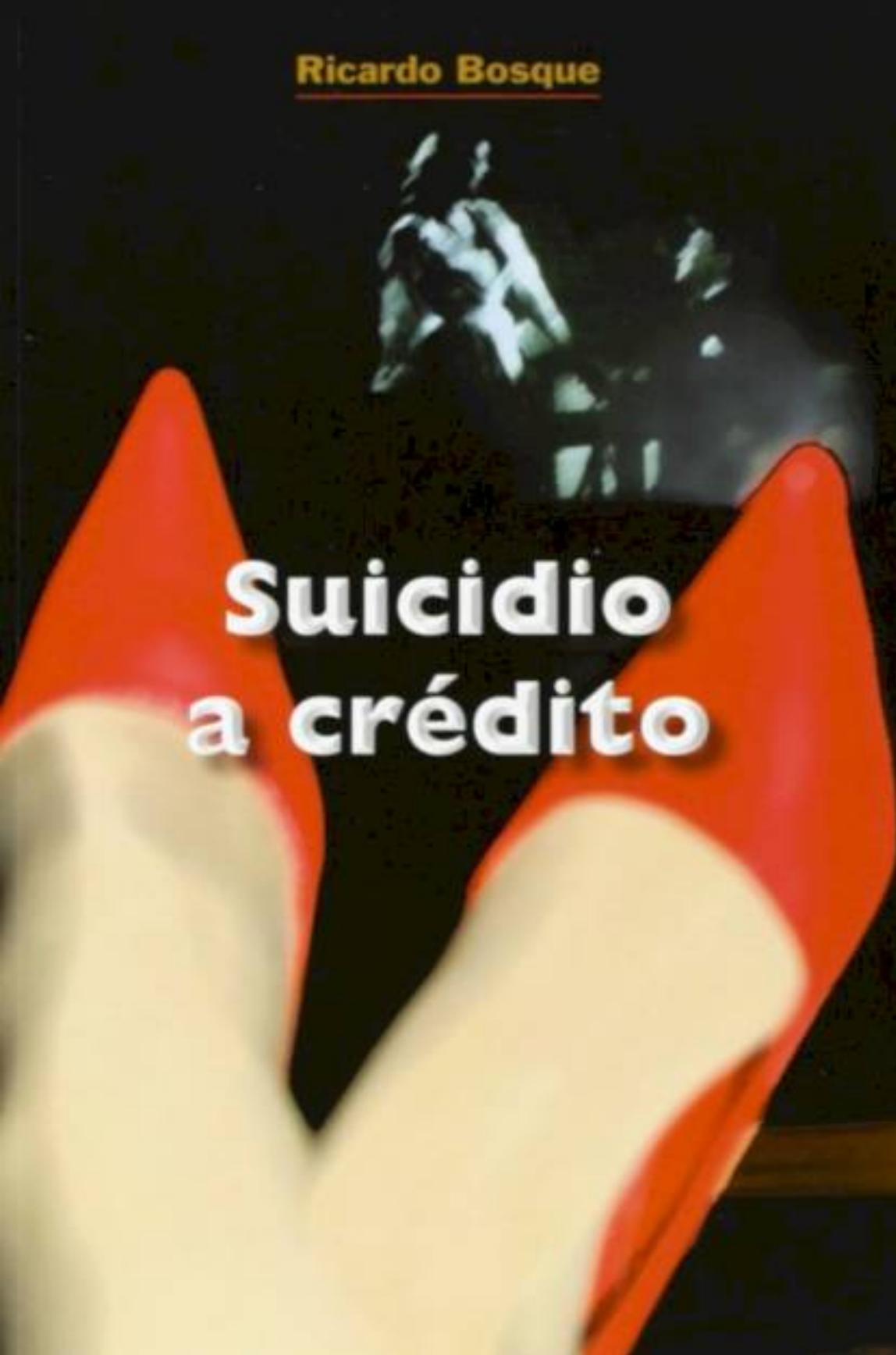


Ricardo Bosque



**Suicidio
a crédito**

Tana Marqués, regente de una floristería en cuya trastienda lleva a cabo otro negocio algo más lucrativo y peligroso: «suicidar» gente (personaje con cuyo peculiar humor ya disfrutamos en la primera entrega de la serie: *Manda flores a mi entierro*), recibe en esta nueva novela un encargo en apariencia sencillo pero que, sin embargo, la llevará a inmiscuirse en un territorio salvaje. En un ambiente de especial crueldad y sordidez que haría retroceder, asustados, a los más duros personajes de la literatura negra, a los detectives en apariencia curtidos de las novelas de Raymond Chandler o Dashiell Hammet. Se trata, cómo no, del mundo de la prensa rosa.

Irónica y desenfadada, incisiva y tierna, *Suicidio a crédito* combina una mirada cáustica sobre la realidad actual, centrada en este caso en el llamado «mundo del corazón», con un retrato exacto y cómplice de algunos personajes actuales de ese mundillo. Todo ello apoyado en una prosa ágil, agradable de leer y salpicada de efectos cómicos.

No temas nada si encuentras mis ojos
Sin vida y abiertos y esperándote
Tus manos son las que los deben cerrar
Y acaso entonces yo habré muerto en paz
Siento un doblar de campanas, que
Lúgubrementemente sus voces me ordenan
marchar

¡Triste domingo!

¡Vuela mi vida tu paso querido
Que llega la hora en que debo partir!
Quiero tenerte en mi viaje final
Y algo me dice que no llegarás
Triste domingo visítame amado
Que ahora en mi tumba yo te he de
esperar

¡He de esperar!

Gloomy Sunday

Música: Rezsô Seress

Letra: versión de Francisco Gorrindo

Uno

Ni siquiera necesito abrir la puerta de la tienda para ser consciente de que la muerte es cosa de todos los días. De hecho, cuando yo llego a las nueve ya hay algún empleado que lleva un par de horas en el local contiguo que me sirve de almacén ultimando los detalles de las coronas de flores de la jornada, decorándolas con cintas de color morado o negro y letras en oro que recuerdan cuánto te quería la familia, los amigos, los compañeros de trabajo... Cargándolas en la furgoneta aparcada a la puerta.

La muerte es puntual, de hecho, siempre llega demasiado pronto y los tanatorios, como las funerarias, no cierran ni por vacaciones ni por falta de clientela. Es por eso que, mañana, tarde y noche, la furgoneta de la floristería hace su recorrido habitual al cementerio. «Las frescas del barrio» o «recién hechas cada amanecer» son algunos de los eslóganes que me habría gustado utilizar para el negocio si la ley de propiedad intelectual y los diecisiete mil registros de todo tipo no me lo hubieran impedido en su momento.

Según recuerdo de las notas que revisé ayer, nuestra primera entrega mortuoria del día es a las diez de la mañana, así que Lorenzo se lo está tomando con calma, inclu-

so le da tiempo de pasar un paño a algunas zonas de la carrocería que lo están pidiendo a gritos desde hace una semana. Y es que llevamos un mes que no paramos, y eso es bueno para el negocio aunque no todo el mundo pueda estar de acuerdo.

Le saludo con una sonrisa y entro en la tienda, un espacio mucho más alegre y luminoso que el almacén donde casi se puede decir que escondemos las coronas, como si fueran prófugas de la justicia. Porque, claro, debemos entender que quien viene a comprar un ramo de novia o a encargarse un centro de flores para una madre que acaba de parir lo último con lo que quiere darse de narices es con algo que le recuerde a la de la guadaña. Así que en el interior de la tienda todo es luz y colorines, tiestos de fantasía que parecen cualquier cosa menos lo que son, pequeñas columnas de cerámica o escayola rematadas con cestos de mimbre colmados de flores, algunas artificiales, que hay gente para todo, pero la mayoría naturales, frescas. Del día, como los donuts de antes.

Pilar está, como tiene por costumbre, tras el mostrador. Buena chica, Pilar. Un poco descentrada, pero es que tiene veintipocos y a ver cómo se centra una a esa edad. Abusa de su risa floja, siempre tomándole el pelo al pobre de Lorenzo, un tanto descarada cuando quiere pero a veces se agradece que la frescura no provenga solo de lo vegetal. Aunque le sobran unos kilos de acuerdo con los actuales cánones de belleza, la chica lo lleva bien. Además, sabe que gusta a los muchachos y eso le encanta.

—¿Qué? ¿Ya has dejado al niño en el autobús?

Me lo pregunta cada mañana, como si las cosas pudieran ser de otro modo, pero es su forma de saludar.

—Pilar, el niño tiene catorce años y más pelos en las piernas que su padre; y si le acompaño al autobús, no te digo yo que no me tire algo desde la ventanilla en cuanto me dé la vuelta —le respondo también como siempre.

Los pequeños detalles que te confirman que, más o menos, todos los días son iguales.

Por el único hueco de la pared libre de flores y oculto por una cortina de arpillera accedo a mi despacho. Vale, lo de despacho resulta un tanto pretencioso pero a mí me gusta llamarlo así, aunque más bien se trata de un cuartito en el que tengo mi escritorio con su lámpara como las de los interrogatorios de las series de policías, mi sillón de jefa, una silla para mis clientes especiales (siempre vienen solos, así que tener dos sillas sería un despilfarro inútil) y poco más. Bueno, y la caja fuerte en la que guardar los documentos correspondientes a mi actividad secundaria, la que no me obliga a realizar declaraciones trimestrales en Hacienda.

En el teléfono parpadea el piloto rojo del contestador. Esto, además de indicarme lo obvio, que tengo algún mensaje pendiente de escuchar, me avisa de que el día no será tan igual a los demás como presagiaba el saludo rutinario de Pilar. Y es que se trata de un número de teléfono –distinto del correspondiente a la floristería– que, aparte de mi marido, pocas personas conocen. Una de esas personas es, evidentemente, Leonardo, mi psicólogo.

Bien, realmente no es mi psicólogo, ni siquiera se llama Leonardo, pero él dice que con ese nombre parece argentino. Como ya luce una buena tripa, no puede pasar por futbolista, así que solo puede ser psicólogo. Razonamiento simple pero a Leonardo le convence.

Tampoco puedo decir a ciencia cierta que sea psicólogo. Nunca he estado en su despacho ni he visto por tanto título alguno, como él nunca ha estado en la floristería, que cualquier precaución es poca en este oficio nuestro, como dos condones siempre son mejor que uno.

Me encanta cuando Leonardo y yo hablamos por teléfono en clave, como los espías, con esas frases que a veces hasta para nosotros resultan poco comprensibles. A veces hemos pensado en colocar en nuestros respectivos

despachos o teléfonos unos inhibidores de ondas electromagnéticas o algo por el estilo, de los que seguro se pueden adquirir en cualquier tienda de artículos para espías aficionados, que impidan la grabación de nuestras conversaciones por parte de terceros. Pero siempre hemos llegado a la conclusión de que deben de ser caros y poco eficaces, así que es preferible hablar en clave y punto.

Más que psicólogo, sería más exacto decir que Leonardo es mi proveedor de clientes especiales: personas –en su mayoría, hombres, las mujeres solemos ser más decididas también para esto y nos apañamos nosotras mismas– que consiguen su nombre no me importa por qué cauce, son evaluadas profesionalmente y, si él lo considera adecuado, si piensa que se trata de un caso sin vuelta atrás, terminan recurriendo a mis servicios. Y por razones de seguridad, antes de que el cliente me visite recibo el aviso de Leonardo. Para que no queden cabos sueltos, para que nadie acuda a mí sin haber obtenido vela para este entierro.

Como esperaba, el mensaje del contestador es suyo. Lo ha dejado a las siete de la mañana, momento del día absolutamente inhábil en el horario de trabajo de Leonardo. O se ha caído de la cama, se ha golpeado en la cabeza y no ha acertado a marcar el 112, o el asunto es verdaderamente urgente. En cualquier caso, el mensaje es claro para oídos que saben interpretar su significado, para el común de los mortales no pasa de ser una frase inocente o una chorrada como una catedral.

«Te mando unas orquídeas delicadísimas. Tal vez lleguen hoy mismo. Riégalas bien y, si tienes alguna duda sobre su cuidado, llámame».

Lo dicho, que esto de jugar a los espías no deja de ser una tontería como otra cualquiera, pero hasta la fecha nos ha ido bien y ya se sabe que, si algo funciona, mejor no tocarlo.

El país debe marchar realmente bien, como tantas veces repiten los políticos. O, por una vez, las estadísticas aciertan y es verdad que la tasa de suicidios está descendiendo considerablemente en este rincón del planeta que alguien describió como el lugar elegido por Dios en la Tierra si alguna vez decidía materializarse de nuevo en carne mortal. El caso es que cada vez más gente decide morir por causa natural o por accidente de tráfico, dejando lo del libre albedrío para una absoluta minoría, y eso puede hablar mucho y bien de la salud mental de una sociedad pero le hace un flaco favor a quienes vivimos de este negocio.

Y es que llevamos meses sin un cliente especial que llevarnos a la boca: incluso por momentos he pensado en reducir plantilla y hasta jubilarme, dedicarme exclusivamente a las flores y dejar de prestar este servicio público que tanto contribuye a acabar con la angustia vital de muchos indecisos. Pero ¿cuál sería entonces la válvula de escape para mis periódicos deseos de sangre?

El teléfono vuelve a sacarme de mis divagaciones sociológicas. Menuda mañana llevo, días sin recibir una sola llamada y otros en los que esto parece una centralita en lugar de una floristería. Descuelgo. Es Elena, una de mis mejores colaboradoras.

—Dime, cariño, soy toda oídos.

—¿Qué tal, corazón? ¿Mucho trabajo?

Banalidades, benditas banalidades que hacen más llevadera la peculiar misión a la que dedicamos buena parte de nuestro tiempo. De hecho, si nuestras líneas estuviesen intervenidas —y jamás he sospechado del carácter sagrado de la inviolabilidad de las comunicaciones entre probos ciudadanos—, quien grabase nuestras conversaciones nunca podría dudar de que lo que está escuchando no es sino la aburrida conversación entre dos inocentes amas de casa o, en el peor de los casos, dos pequeñas empresarias siempre luchando para crear un poco de riqueza con la

que ayudar al desarrollo del país. ¿Pero es que acaso no es el nuestro un trabajo tan digno como otro cualquiera? Porque lo que está claro es que, si no lo hiciéramos nosotras, otros vendrían a satisfacer esta demanda del mercado y, con eso de la globalización, tal vez el negocio fuera a parar a manos extranjeras. Las mafias rusas, por ejemplo, que dudo actuaran con el cariño con que lo hacemos las autónomas.

–Bueno, no me puedo quejar... Es más, parece que se va animando la cosa. Sin ir más lejos, esta misma mañana acabo de recibir la noticia de un posible nuevo encargo.

–De puta madre, me vendría de puta madre: ayer estuve de tiendas y la Visa echaba humo. ¿Me avisarás si necesitas mis servicios?

Elena, desde luego, es tan manirrota como profesional en lo suyo. Es que le quema el dinero en las manos a esta mujer: todavía no le he pagado su última gestión y ya parece haber renovado el vestuario, lo que me recuerda que mi Juan necesita ropa nueva para el invierno como el comer. Si es que no puede ser, que está en una edad que se le queda todo pequeño de un año para otro... Y encima, sin un hermano menor que le pueda heredar.

–Tranquila, Elena, no te precipites. Ya sabes cómo funciona esto: primero, debo conocer al cliente, ver su grado de convencimiento respecto al paso que está a punto de dar, hacer el seguimiento rutinario para descubrir las posibles inconsistencias en sus declaraciones y, finalmente, decidir quién es la persona adecuada para realizar el trabajo... Y ya sabes que no eres la única que trabaja para mí, aunque seas una de las mejores.

Me gusta dejar las cosas claras con mis subordinados, que ninguno de ellos se crea indispensable. Esto es casi una empresa militar y el respeto a la jerarquía resulta absolutamente imprescindible. Además, prefiero que mi personal se turne –como las famosas rotaciones de los futbolistas– antes de que ninguno de ellos se queme o se preci-

pite en un trabajo por aquello de ganar dinero rápidamente. Elena, inteligente como es, acusa recibo del recordatorio inmediatamente.

–Vale, vale, no pretendo presionarte, tú eres la jefa y la que mejor sabe cómo funciona el negocio. Otra cosa, mariposa, ¿cuándo puedo ir a cobrar lo mío?

–¿Te viene bien esta tarde a primera hora? Ya sabes, tengo que pasar antes por el banco a sacar dinero de la caja de seguridad y a las siete hemos quedado Luis y yo con el tutor del chaval, que a saber qué habrá hecho esta vez. ¿A las cinco es buena hora?

–Perfecto, nos vemos a las cinco. Hasta luego, Tana.

Dos

A las cinco de la tarde. A las cinco en punto de la tarde tengo a Elena en mi despacho, como un clavo, estupenda, como siempre, para que luego diga que no tiene nada que ponerse. Y acabada de salir de la peluquería, sesión de chapa y pintura parece que ha tenido. Claro, como ella es dueña y señora absoluta de todo su tiempo, sin una familia que atender incluyendo un crío que da más mal que un hijo tonto... Así ya se puede estar guapa y recién maqueada a todas horas.

Hablamos de lo nuestro, de esto y de lo otro, más charla insustancial, mientras saco el dinero que he guardado en la caja fuerte y se lo doy para que lo cuente. Pasa los billetes con la destreza de una empleada de banca y aprovecho para fijarme en sus uñas, larguísimas y esmaltadas con Dior, por lo menos. Pero ¿cómo es posible que no se las rompa ni siquiera cuando trabaja? Porque, claro, si te toca envenenar a un cliente, la de aquel, pero al último le hacía ilusión morir ahorcado –tal vez por disfrutar de un empalme definitivo y eterno, que la gente oye cuentos y termina creyéndoselos– y al final se defendió como si le fuera la vida en ello, que también. Pues ni aun así, Elena es que ni se despeina cuando trabaja.

Pilar llama a la puerta, intuyo de qué se trata y le digo que aguarde un momento, que mi visita ya se iba. Elena se levanta y espero que se cruce en la tienda con quien supongo que acaba de llegar, así ya tengo la excusa ideal para cargarle el siguiente muerto a otro. Porque tengo muy claro que si cliente y ejecutor se ven antes del momento señalado la cosa puede terminar saliendo mal. Y riesgos innecesarios, los justos.

El último cliente proporcionado por Leonardo será un cobarde sin valor para suicidarse pero también es un tipo impaciente y puntual como pocos. Poco después de salir Elena lo tengo ante mí, en la puerta de entrada a mi despacho y acompañado por una sonriente Pilar que pronuncia las palabras mágicas.

—Tana, aquí el señor que quiere hacer un encargo especial. —Y se retira dando un empujoncito cariñoso al hombre al que ha conducido ante mi presencia.

Apenas tengo tiempo de poner la cámara de vídeo a grabar —siguiendo el consejo que me dio mi marido cuando empecé con el negocio— y conectar la música que siempre pongo cuando recibo a un cliente especial, el *Gloomy Sunday*, en esta ocasión en la mortalmente sugestiva versión de Sara Brightman. Suena a un volumen casi inaudible, pero si en los supermercados la música tiene un efecto subliminal en el consumo de los clientes, ¿por qué la canción suicida por excelencia no va a tener exactamente el mismo efecto?

Por un instante permanezco muda, incapaz de pronunciar una frase de cortesía, un absurdo, dadas las circunstancias, «qué tal estamos» —cómo va a estar un hombre que lo que pretende es morir—, un «síéntese, por favor», un «quiere usted tomar algo mientras hablamos». No, la sorpresa al reconocer a mi cliente me impide articular palabra.

Trato de evitar que la incomodidad que siento se refleje en mi rostro, me digo que debo ser profesional, que

qué más da quién sea el aspirante al suicidio... Pienso en mi madre y en todo lo que aprendí de ella o por culpa de ella, enfrío las ideas y termino por levantarme del asiento y acudir a recibir como se merece al gran Martín Santos. Pero no debo dejarme llevar por la admiración, no puedo implicarme emocionalmente, no quiero demostrar que sé quién es, aunque esto último no contribuya precisamente a incrementar la maltrecha autoestima de mi cliente, que si ha llegado hasta mí tal vez se deba, entre otros factores, a la pérdida del reconocimiento social de que antaño disfrutaba.

Se tratará de un actor en declive, pero tonto no es y sé que se ha dado cuenta de que le he reconocido. Incluso diría que su vanidad de galán en paro se ha inflamado levemente al comprobar que todavía provoca emociones en algunas mujeres. Camina hacia mí con aplomo, con las muchas tablas que le han proporcionado tantos años de profesión aunque haya transcurrido mucho tiempo desde su última aparición en pantalla. Su última aparición sería, quiero decir, que de las otras anda sobrado.

Me acerco a él con timidez, como si fuera la primera vez en la vida que recibo a un cliente especial cuando mi revólver muestra ya más muescas que el del mismísimo Billy el Niño. Nos encontramos a mitad de camino, me tiende su mano, toma la mía y se la lleva a los labios acompañando el gesto con una ligera inclinación de cabeza. Genio y figura hasta la sepultura, sí, señor.

A duras penas reprimo un suspiro de quinceañera y le pido, por favor, que tome asiento. Lo hace, pero espera a que yo me siente antes y cruza las piernas con una elegancia innata, manteniendo intacta una raya del pantalón que parece trazada por el mejor de los delineantes.

–Pues usted me dirá –es lo único que acierto a decir.

El cliente me mira condescendiente, mostrando una entereza impropia de quien viene ante mí para que le ayude a suicidarse porque, aunque desea hacerlo, jamás ha

reunido el valor necesario para quitarse la vida. Y es que, a pesar de que hay quien mantiene que el suicidio es el último recurso de quienes no se atreven a afrontar con valentía las pruebas a que les somete la vida en el día a día, también para esto hay que tener un par. No es tan fácil colocarse al borde de un precipicio y saltar como quien hace *puenting*, sabiendo que salvo que la goma se parta terminarás la mañana en un chiringuito tomando unas cervezas y presumiendo de tu valor en lugar de en una caja de madera, noble o plebeya en función de las posibilidades de cada cual... No es tan fácil procurarse una pistola y una bala, apoyar el cañón en tu sien o en el interior de la boca y presionar el gatillo como si estuvieras cargando el depósito de combustible... No es tan sencillo improvisar una soga con el cinturón y encontrar en casa una viga capaz de soportar tu propio peso –que levante el dedo quien tenga una viga adecuada en el salón de su casa–. Quizás lo más sencillo y al alcance de cualquiera sea la combinación correcta de alcohol y pastillas, pero hasta para eso hay que demostrar entereza, que en el último instante siempre llega el arrepentimiento, el pensar que tampoco las cosas están tan jodidas como todo parecía indicar, el decirse que cómo vas a obligar a que la familia cargue con el peso de tu muerte indecente, que ya se sabe que dos mil años de doctrina católica han hecho mucho daño en esto de decidir libremente cuándo quieres dejar de jugar tus cartas en lugar de esperar pacientemente a que el de arriba disponga el final de la partida.

Aunque creo haber leído en alguna parte que en Suiza hay una clínica especializada en la eutanasia activa que pone a disposición de sus pacientes habitaciones decoradas con todos los detalles para que los futuros finados se sientan a gusto, estancias amplias y bien iluminadas en las que pasar los últimos momentos –estos suizos siempre tan asépticos–, yo prefiero mantener mi despacho en una penumbra que considero más íntima, más propicia al recoger-

miento. Debe ser, una vez más, que el oscurantismo católico se impone sobre la luminosidad y pragmatismo de los protestantes. No sé, a mí me gusta así, que, como en los confesonarios de toda la vida, el pecador y quien puede darle la absolución no se vean las caras como si estuvieran en la barra de un bar, que esto es muy serio, coño. Es por eso que el cliente y yo nos intuimos los rostros sin percibir todos los rasgos, entre otras cosas porque prefiero mantener el anonimato dentro de lo posible, no solo por mi bien sino por el del propio cliente. Y es que, en los casos en que decido que seré yo quien deba hacerse cargo de un suicidio y no Lorenzo o Elena, prefiero que este pille por sorpresa al cliente, que no me vea llegar de lejos unos días después, el día que he elegido para llevar a cabo el trabajo, y se diga: «Ya viene aquí esta tía a cumplir su parte del contrato cuando todavía tengo que hacer un par de gestiones en el banco».

La sorpresa es, desde luego, fundamental en mi trabajo.

El cliente me mira condescendiente, digo, y me responde con una voz un tanto engolada y algo más aguda que la que le había oído en mis años jóvenes en el cine.

—Bueno, usted sabe tan bien como yo para qué he venido a verla: mi psiquiatra me dio el nombre de Leonardo, fui a su consulta y él...

—No siga, por favor, sé cómo ha llegado hasta mi floristería y no es preciso que cite a nadie que no esté presente. Aquí nos encontramos usted y yo, nadie más, ¿de acuerdo? —De inmediato me doy cuenta de que estoy mostrándome innecesariamente brusca y trato de arreglar las cosas—. Perdone mi actitud, caballero, tal vez haya comenzado mal con eso de preguntarle por algo obvio, pero no se trataba más que de una fórmula cortés con la que comenzar una conversación. Y sé que antes de llegar aquí ha tenido que responder a preguntas que yo también le debo hacer, pero comprenda que el paso que va a dar es